

IX

La evocación

La condesa había ocultado completamente su rostro bajo un velo; y como había tenido tiempo para pasar al hotel de la familia, su traje era el de una señora de la clase media.

Había ido en un fiacre con el mariscal, quien, más tímido, se había vestido de gris, como un lacayo superior de casa rica.

— Señor conde, ¿me conocéis? preguntó madama Dubarry.

— Perfectamente, señora condesa.

Richelieu se mantenía detrás.

— Tened á bien sentaros, señora, y vos también, caballero.

— El señor es mi mayordomo, dijo la condesa.

— Os equivocáis, señora, replicó Bálamo inclinándose; el señor es el mariscal duque de Richelieu, á quien conozco perfectamente, y que sería muy ingrato si él no me conociese á mí.

— ¿Cómo es eso? preguntó el duque muy desconcertado.

— Señor duque, creo que somos deudores de alguna gratitud á los que nos salvan la vida.

— ¡Ah! ah! ¿lo ois, duque? dijo la condesa riendo.

— ¡Oh! oh! ¿vos me habéis salvado á mi la vida, señor conde? preguntó el duque admirado.

— Sí, caballero, en Viena el año de 1723, cuando estabais allí de embajador.

— ¡En 1723! Pero entonces aun no habíais nacido, querido caballero.

Bálamo se sonrió.

— Me parece que sí, señor duque, respondió, puesto que os he encontrado expirando, ó más bien muerto sobre una camilla; acababais de recibir una estocada que os había atravesado el pecho, y por señas que os derramé sobre la herida tres gotas de mi elixir... Ahí, mirad, en el sitio en que estáis arrugando vuestro encaje de Alenzón, un poco rico para un mayordomo.

— Pero, señor conde, ¿vos no tenéis apenas de treinta á treinta y cinco años! repuso el mariscal.

— ¡Bien, bien, duque! exclamó la condesa riendo á carcajadas. ¡Ya estáis ante el brujo! ¿lo creéis?

— Estoy estupefacto, condesa. Pero entonces, continuó el duque dirigiéndose de nuevo á Bálamo, ¿vos os llamáis.....

— ¡Oh! nosotros los brujos cambiamos de nombre á cada generación, como vos sabéis;... y en 1723 eran de moda los nombres en *us*, en *os* y en *as*, y no extrañaría que en aquella época hubiese tenido el capricho de trocar mi nombre por alguno griego ó latino. Esto sentado, estoy á vuestras órdenes, señora condesa y señor duque.....

— Conde, el mariscal y yo venimos á consultar con vos.

— Madama, me hacéis un grande honor, y será tanto mayor si se os ha ocurrido esa idea naturalmente.

— Lo más naturalmente del mundo, conde; me

bulle en la cabeza vuestra predicción, sólo que dudo se realice.

— No dudéis nunca de lo que dice la ciencia, madama.

— ¡ Oh ! ; oh ! exclamó Richelieu. Es que nuestra corona está muy aventurada, conde... No se trata aquí de una herida que se cura con tres gotas de elixir.

— No, sino de un ministro á quien se derriba con tres palabras... replicó Bálamo. Y bien; ¿ he adivinado ? decid.

— Perfectamente, respondió la condesa temblando de pies á cabeza. En verdad, duque, ¿ qué os parece de todo esto ?

— ¡ Oh ! no os admiréis de tan poca cosa, señora, dijo Bálamo; quien ve á madama Dubarry y al señor de Richelieu inquietos, debe adivinar la causa de su inquietud, sin necesidad de magia.

— Así os adoraría, si nos indicaseis el remedio, añadió el mariscal.

— ¿ Para la enfermedad que os trabaja ?

— Sí, tenemos el Choiseul.

— ¿ Y desearíais curaros de él ?

— Sí, gran mágico, eso es.....

— Señor conde, no nos abandonaréis en este apuro, dijo la condesa; porque se interesa en ello vuestro honor.

— Estoy pronto á serviros con todas mis fuerzas, madama; sin embargo, quisiera saber si el señor duque no se había fijado de antemano en alguna idea antes de venir aquí.

— Lo confieso, señor conde. Á fe mía que es hermoso el tener un mágico á quien se le puede llamar señor conde; esto no altera vuestros hábitos.

Bálamo se sonrió.

— Vamos, repuso, sed franco.

— Bajo mi palabra de honor que no deseo otra cosa, dijo el duque.

— Tenéis alguna cosa que pedirme.

— Verdad es.

— ¡ Ah ! ; cazurro ! dijo la condesa. No me habéis dicho una palabra.

— No podía decirlo más que al señor conde, y eso á su oído, respondió el mariscal.

— ¿ Y por qué, duque ?

— Porque os habríais ruborizado hasta el blanco de los ojos, condesa.

— ¡ Ah ! por curiosidad, decídmelo, mariscal, porque traigo colorete y no se verá mi rubor.

— Pues bien, dijo Richelieu, he aquí en lo que he pensado. ¡ Cuidado, condesa, que me arrojo el gorro por la ventana !

— Arrojadlo, duque, que yo os lo volveré á enviar.

— Es que si lo digo, me vais á sacudir el polvo al momento.

— Señor duque, no estáis acostumbrado á que os sacudan el polvo, dijo Bálamo al viejo mariscal, que quedó encantado de la flor.

— Pues bien, voy á decirlo, repuso el duque; que no se ofenda madama; S. M., ¿ cómo lo diré ?

— ¡ Qué pesado es, Dios mío ! exclamó la condesa.

— ¿ Conque os empeñáis en que lo diga ?

— Sí.

— ¿ Absolutamente ?

— Digo que sí, cien veces sí.

— Entonces cuerpo al agua... Es triste de decir, señor conde, pero S. M. no es ya alegrable..... Condesa, la palabra no es mía, es de madama de Maintenón.

— En eso no hay nada que me ofenda, dijo madama Dubarry.

— Tanto mejor; entonces podré decirlo á mis

anchuras. Y bien, sería preciso que el señor conde, que halla tan preciosos elixires.....

— Hallase uno, continuó Bálamo, que restituyese al rey la facultad de poderse divertir.

— Exactamente.

— ¡ Eh ! señor duque, eso es una niñada, el *abc* del oficio. El primer charlatán hallará un filtro.

— Cuya virtud, continuó el duque, se atribuirá al mérito de madama.

— ¡ Duque ! exclamó la condesa.

— ¡ Eh ! bien sabía yo que os habíais de enfadar ; pero vos lo habéis querido.

— Señor duque, replicó Bálamo, teníais razón, pues la señora condesa se ruboriza. Pero, como decíamos hace un momento, no se trata ahora de herida, ni tampoco de amor. No es con un filtro con lo que desembarazaréis á la Francia del señor de Choiseul, pues aun cuando el rey, por un imposible, amase á madama diez veces más de lo que la ama, el señor de Choiseul conservaría en su espíritu el prestigio y la influencia que madama ejerce en su corazón.

— Verdad es, dijo el mariscal, pero era nuestro único recurso.

— ¿ Lo creéis así ?

— ¡ Pardiez ! buscad otro

— ¡ Oh ! creo la cosa fácil.

— Fácil, ¿ lo oís, condesa ? Estos mágicos no dudan de nada.

— ¿ Por qué dudar cuando se trata simplemente de probar al rey que el señor de Choiseul lo vende ? bien entendido, bajo el punto de vista del rey, porque el señor de Choiseul no cree venderlo haciendo lo que hace.

— ¡ Y qué es lo que hace ?

— Condesa, lo sabéis tan bien como yo ; está sos-

teniendo la insurrección del parlamento contra la autoridad real.

— Ciertamente, pero sería preciso saber por qué medio.

— Por medio de agentes á quienes alienta prometiéndoles la impunidad.

— ¿ Quiénes son esos agentes ? He ahí lo que se necesita saber.

— ¿ Creéis, por ejemplo, que madama de Grammont ha marchado con otro objeto que el de exaltar á los acalorados y acalorar á los tímidos ?

— ¡ De seguro que no ha sido otro el objeto de su viaje ! exclamó la condesa.

— Sí, pero el rey no ve en ese viaje más que un simple destierro.

— Verdad es.

— ¿ Cómo probarle que en su viaje hay más de lo que se quiere aparentar ?

— Acusando á madama de Grammont.

— ¡ Ah ! si no consistiese más que en acusar, conde ! dijo el mariscal.

— Desgraciadamente es preciso probar la acusación, añadió la condesa.

— Y si se probase plenamente esa acusación, ¿ creéis que el señor de Choiseul permanecería en su ministerio ?

— ¡ De seguro que no ! exclamó la condesa.

— Luego sólo se trata de hallar una traición del señor de Choiseul, prosiguió Bálamo con tono de seguridad, y de presentarla clara, precisa y palpable á los ojos de S. M.

El mariscal se agitó en su sillón riendo á carcajadas.

— ¡ Es hechicero ! exclamó. ¡ No duda de nada ! ¡ Hallar al señor de Choiseul en flagrante delito de traición... ahí está todo... y nada más !

Bálsamo permaneció impasible y aguardó á que pasase completamente el acceso de hilaridad del mariscal.

— Vamos, dijo entonces Bálsamo, hablemos seriamente y recapitulemos.

— Sea en buen hora.

— ¿ No se sospecha que el señor de Choiseul apoya la rebelión del parlamento ?

— Convenido, ¿ pero la prueba ?

— ¿ No pasa el señor de Choiseul, continuó Bálsamo, por preparar una guerra con la Inglaterra á fin de conservarse como hombre indispensable ?

— Se cree así, ¿ pero la prueba ?

— En fin, el señor de Choiseul ¿ no es el enemigo declarado de la señora condesa que está presente, y no trata por todos los medios posibles de derribarla del trono que yo le he prometido ?

— En cuanto á eso, demasiado cierto es, dijo la condesa ; pero aun sería preciso probarlo... ¡ Oh ! ¿ si yo pudiese probarlo !

— ¿ Y qué se necesita para eso ? Una miseria.

El mariscal se puso á soplar sus uñas.

— Sí, una miseria, repitió irónicamente.

— Por ejemplo, una carta confidencial, dijo Bálsamo.

— He ahí todo lo que se necesita... una friolera.

— Una carta de madama de Grammont, ¿ no es verdad, señor mariscal ? continuó el conde.

— ¡ Buscadme una, querido mágico ! exclamó madama Dubarry. Cinco años hace que ando tras de una, y he gastado cien mil libras por año sin poder hallarla.

— Porque no os habéis dirigido á mí, señora, dijo Bálsamo.

— ¿ Cómo así ? preguntó la condesa.

— Sin duda, si os hubieseis dirigido á mí.....

— ¿ Qué ?

— Os habría sacado del apuro.

— ¿ Vos ?

— Sí, yo.....

— ¿ Es ya tarde, conde ?

El conde se sonrió.

— Jamás.

— ¡ Oh ! mi querido conde ! exclamó madama Dubarry juntando las manos.

— ¿ Conque queréis una carta ?

— Sí.

— ¿ De madama de Grammont ?

— Si es posible.

— Que comprometa al señor de Choiseul sobre los tres puntos que he dicho.....

— Daría un ojo de la cara por verla.....

— ¿ Condesa, eso sería pagarla demasiado cara ; tanto más cuanto que esa carta !.....

— ¿ Qué ?

— Os la daré yo de balde.

Y Bálsamo sacó de su bolsillo un papel plegado en cuatro partes.

— ¿ Qué es eso ? preguntó la condesa devorando el papel con los ojos.

— Sí, ¿ qué es eso ? preguntó también el duque.

— La carta que deseáis.

Y el conde, en medio del más profundo silencio, leyó á los dos oyentes asombrados la carta que nuestros lectores conocen ya.

Á medida que leía, la condesa abría desmesuradamente los ojos y comenzaba á perder todo miramiento.

— ¡ Diablo ! eso es una calumnia, tengamos cuidado, murmuró Richelieu cuando Bálsamo acabó de leer.

— Señor duque, es la copia pura, simple y literal de una carta de la señora duquesa de Grammont, que

un correo despachado esta mañana desde Ruán lleva en este momento al duque de Choiseul á Versailles.

— ¡ Dios mío ! exclamó el mariscal, ¿ es verdad lo que decís, señor de Bálamo ?

— Yo siempre digo verdad, señor mariscal.

— ¿ Habría escrito la duquesa semejante carta ?

— Sí, señor mariscal.

— ¿ Habría cometido semejante imprudencia ?

— Confieso que es increíble, pero la ha cometido.

El viejo duque miró á la condesa, la cual no tenía fuerzas para articular una palabra.

— ¡ Y bien ! dijo ésta por último, yo soy como el duque, y debéis perdonarme, señor conde, si apenas puedo creer que madama de Grammont que es una señora de talento, haya comprometido toda su posición y la de su hermano con una carta tan imprudente como esa... Por otra parte..., para conocer semejante carta es preciso haberla leído.

— Y luego, se apresuró á decir el mariscal, si el señor conde hubiese leído esa carta, la habría guardado; pues sería un tesoro precioso.

Bálamo meneó suavemente la cabeza.

— ¡ Oh, señor ! dijo. Ese medio es bueno para los que abren las cartas para conocer los secretos..., y no para los que, como yo, leen á través de sus cubiertas... ¡ Dios me libre de semejante medio ! Además, ¿ qué interés tendría yo en perder al señor de Choiseul y á madama de Grammont ? Venís á consultarme... supongo que venís como amigos, y yo os respondo como tal. Deseáis que os haga un servicio, y os lo hago. Me imagino que no venís á proponerme el precio de mi consulta como á los adivinos del muelle de la Ferraille.

— ¡ Oh, conde ! exclamó madama Dubarry.

— Y bien; os doy un consejo y parece que no lo

comprendéis. Me anunciáis el deseo de derribar al señor de Choiseul, y buscáis los medios de lograrlo; os cito uno, lo aprobáis, os lo pongo en la mano... ¡ y no lo creéis !

— Es que..., conde, escuchad.....

— Os digo que existe la carta, puesto que tengo yo la copia.

— Pero en fin, ¿ quién os ha advertido, señor conde ? exclamó Richelieu.

— ¡ Ah ! he ahí la grande dificultad... ¿ quién me ha advertido ? En un minuto queréis saber tanto como yo, que soy el trabajador, el sabio, el adepto, que he vivido tres mil setecientos años.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Richelieu con desaliento, conde, vais á echarme á perder la buena opinión que de vos tenía.

— No os ruego que me creáis, señor duque, y no soy yo quien ha ido á buscaros á la cazata del rey.

— Duque, tiene razón, dijo la condesa. Señor de Bálamo, os suplico que no os impacientéis.

— Jamás se impacienta el que es dueño del tiempo, madama.

— Á los muchos favores de que os soy ya deudora, dignaos unir el de decirme cómo se os revelan semejantes secretos.

— No tengo el menor inconveniente, madama, dijo Bálamo tan lentamente como si meditase palabra por palabra su respuesta. Esta revelación se me ha hecho por una voz.

— ¡ Por una voz ! exclamaron á un tiempo el duque y la condesa. ¿ Os lo revela todo una voz ?

— Sí, todo lo que deseo saber.

— ¿ Fué una voz la que os ha dicho que madama de Grammont había escrito á su hermano ?

— Os afirmo, madama, que fué una voz la que me lo dijo.

— ¿ Es milagroso !

— Pero ¿ vos no lo creéis ?

— Y bien ; no, conde, respondió el duque. ¿ Cómo queréis que crea semejantes cosas ?

— ¿ Y las creeríais si os dijese lo que hace en este momento el correo que lleva la carta al señor de Choiseul ?

— ¡ Pardiez ! repitió la condesa.

— Yo lo creería si oyese la voz, dijo el duque. Pero sólo los nigrománticos ó mágicos tienen el privilegio de ver y oír lo que es sobrenatural.

Bálsamo clavó la vista en el señor de Richelieu con una expresión singular, que conmovió todas las fibras de la condesa y heló el corazón del escéptico egoísta á quien llamaban duque de Richelieu.

— Sí, dijo al cabo de un largo silencio ; solo yo veo y oigo las cosas sobrenaturales ; pero cuando me hallo con personas de vuestro rango, de vuestro talento, duque, y de vuestra hermosura, condesa, franqueo mis tesoros y los reparto... ¿ Tendríais mucho gusto en oír la misteriosa voz que me instruye ?

— Sí, respondió el duque cerrando los puños para no temblar.

— Sí, balbuceó la condesa temblando.

— Pues bien, señor duque, y señora condesa, vais á oírla. ¿ En qué lengua queréis que hable ?

— En francés, si tenéis á bien, respondió la condesa... porque yo no conozco otra lengua, y me causaría mucho miedo.

— ¿ Y vos, señor duque ?

— Como madama... en francés. Me gustará repetir lo que me diga el diablo, ver si es bien educado y si

habla correctamente la lengua de mi amigo el señor de Voltaire.

Bálsamo, con la cabeza inclinada hacia el pecho, se dirigió á la puerta que daba al saloncito, y que, como se sabe, se abría sobre la escalera.

— Permitid que os encierre, dijo, á fin de no exponeros demasiado.

La condesa palideció y se acercó al duque, cuyo brazo tomó.

Bálsamo, tocando apenas la puerta de la escalera, alargó el paso hacia el punto de la casa en que se hallaba Lorenza, y con vibrante voz pronunció en lengua árabe estas palabras :

— Amiga mía... ¿ me oís?... Si me oís, tirad del cordón de la campanilla, y llamad dos veces.

Bálsamo aguardó el efecto de estas palabras mirando al duque y á la condesa, quienes abrían tanto más los ojos y los oídos, cuanto que no podían comprender lo que decía el conde.

La campanilla sonó por dos veces con mucha claridad.

La condesa brincó sobre su sofá, y el duque se enjugó la frente con su pañuelo.

— Supuesto que me oís, continuó Bálsamo en el mismo idioma, oprimid el botón de mármol que figura el ojo derecho del león sobre la escultura de la chimenea, la plancha se abrirá, pasad por esa abertura, atravesad mi cuarto, bajad la escalera, y venid hasta el cuarto contiguo á éste en que yo estoy.

Un momento después, un ruido ligero como un soplo imperceptible, como el vuelo de una fantasma, advirtió á Bálsamo que sus órdenes habían sido comprendidas y ejecutadas.

— ¿ Qué lengua es esa ? preguntó Richelieu echándola de valiente, ¿ es la lengua cabalística ?

— Sí, señor duque; es el dialecto usado para la evocación.

— Habéis dicho que nosotros comprenderíamos.

— Lo que dijese la voz, sí, pero no lo que yo dijera.

— ¿Y ha venido ya el diablo?

— ¿Quién os ha hablado del diablo, señor duque?

— Pero me parece que no se evoca más que al diablo.

— Se puede evocar todo lo que es espíritu superior, un ser sobrenatural....

Bálsamo extendió la mano hacia la tapicería que cerraba la puerta del cuarto contiguo.

— Está en comunicación directa conmigo, caballero.

— Yo tengo miedo, dijo la condesa. ¿Y vos, duque?

— A fe mía, condesa, os confieso que casi me gustaría tanto estar en Mahón ó en Philipsbourg.

— Señora condesa, y vos, señor duque, tened á bien escuchar, puesto que queréis oír, dijo severamente Bálsamo.

Y se volvió hacia la puerta.

X

La voz

Hubo un momento de silencio solemne; luego Bálsamo preguntó en francés:

— ¿Estáis ahí?

— Estoy, respondió una voz pura y argentina que, penetrando las colgaduras y mamparas, resonó á los oídos de los asistentes más bien como un timbre metálico que como los acentos de una voz humana.

— ¡Caramba! la cosa se va haciendo interesante, dijo el duque. Y todo esto sin antorchas, sin magia, sin fuegos de Bengala.

— Es espantoso, murmuró la condesa.

— Escuchad bien mis preguntas, continuó Bálsamo.

— Escucho con todo mi ser.

— Decidme primero cuántas personas están aquí conmigo en este momento.

— Dos.

— ¿De qué sexo?

— Un hombre y una mujer.

— Leed en mi pensamiento el nombre del hombre.

— El señor duque de Richelieu.

— ¿Y el de la mujer?

— La señora condesa Dubarry.

— ¡Ah! ¡ah! murmuró el duque. Esto es bastante pasmoso.

— Yo digo, añadió la condesa temblando, que no he visto nunca cosa igual.

— Bien, dijo Bálamo. Ahora leed la primera frase de la carta que tengo en la mano.

La voz obedeció.

La condesa y el duque se miraban con un asombro que comenzaba á rayar en admiración.

— ¿Qué se ha hecho de esa carta que yo he copiado dictándome vos?

— Está en camino.

— ¿De qué lado?

— Del lado de Occidente.

— ¿Está lejos?

— ¡Oh! sí, muy lejos.

— ¿Quién la lleva?

— Un hombre vestido con una chaqueta verde, una gorra de piel en la cabeza, y con grandes botas.

— ¿Va á pie ó á caballo?

— Á caballo.

— ¿Qué caballo monta?

— Un caballo pío.

— ¿En dónde lo veis?

Hubo un momento de silencio.

— Mirad, dijo Bálamo imperiosamente.

— En un camino real plantado de árboles.

— Pero, ¿en qué camino?

— No sé, todos los caminos se parecen.

— ¿Cómo! ¿no hay nada que os indique ese camino? ni un pilar, ni una inscripción, nada?

— ¡Aguardad, aguardad! está pasando un carruaje cerca de ese hombre á caballo: ahora le cruza viniendo hacia mí.

— ¿Qué clase de carruaje?

— Un carruaje pesado, lleno de clérigos y militares.

— Un patache, murmuró Richelieu.

— ¿No tiene alguna inscripción ese carruaje? preguntó Bálamo.

— Sí, tiene, respondió la voz.

— Leed.

— En el carruaje leo *Versalles* en letras amarillas casi borradas.

— Dejad ese carruaje, y seguid al correo.

— No lo veo ya.

— ¿Por qué no lo veis ya?

— Porque el camino hace un recodo.

— Dad vuelta al camino, y coged al correo.

— ¡Oh! corre á escape de su caballo: mira su reloj.

— ¿Qué veis delante de ese caballo?

— Una larga alameda, edificios magníficos, una grande ciudad.

— Seguidlo.

— Ya lo sigo.

— ¿Y bien?

— El correo espolea su caballo y le da redoblados latigazos; el animal está cubierto de sudor; sus herraduras hacen sobre el empedrado tanto ruido que todos los transeuntes vuelven la cabeza. ¡Ah! el correo entra en una calle larga que va descendiendo. Se vuelve á la derecha: su caballo se para á la puerta de un vasto hotel.

— Ahí es donde hay que seguirlo con atención, ¿lo oís?

La voz exhaló un suspiro.

— Estáis fatigada, lo comprendo.

— ¡Oh! estoy despedazada!

— Yo quiero que desaparezca esa fatiga

— ¡Ah!

— ¿Y bien?

— Gracias.

— ¿Estais aun fatigada?

- No.
- ¿Veis aun el correo ?
- Aguardad... Sí, sí : está subiendo una grande escalera de piedra, precedido de un lacayo de librea azul y galoneada de oro. Llega á un gabinete iluminado. El lacayo abre la puerta y se retira.
- ¿ Qué veis ?
- El correo saluda.
- ¿ Á quién saluda ?
- Aguardad... saluda á un hombre sentado en un bufete y que está de espaldas á la puerta.
- ¿ Cómo está vestido ese hombre ?
- ¡ Oh ! de gran ceremonia, y como para un baile.
- ¿ Tiene alguna condecoración ?
- Trae una grande cinta azul al cuello.
- ¿ Su cara ?
- No la veo... ¡ Ah !
- ¿ Qué ?
- Se vuelve.
- ¿ Qué fisonomía tiene ?
- Ojos vivos, facciones irregulares, hermosos dientes.
- ¿ Qué edad ?
- De cincuenta y cinco á cincuenta y ocho años.
- ¡ El duque ! dijo la condesa al oído del mariscal.
- Es el duque.
- El mariscal hizo con la cabeza un signo que quería decir : Sí, él es... pero escuchemos.
- ¿ Qué mas ? preguntó Bálamo.
- El correo entregá al hombre de la cinta azul.....
- Podéis decir al duque, porque es un duque.
- El correo, repuso la voz obediente, entrega al duque una carta sacada de una bolsa de cuero que lleva á la espalda. El duque la abre y lee con atención.
- ¿ Qué mas ?

- Toma una pluma, una hoja de papel, y escribe.
- ¡ Escribe ! murmuró Richelieu. ¡ Diablo ! si pudiéramos saber lo que escribe, sería magnífico.
- Decidnos lo que escribe, ordenó Bálamo.
- No puedo.
- Porque estáis demasiado lejos : entrad en el gabinete... ¿ Habéis entrado ?
- Sí.
- Inclinaos por encima de sus hombros.
- Ya me inclino.
- ¿ Leéis ahora ?
- La letra es mala, menuda y desigual.
- Leed, yo lo quiero.
- La condesa y Richelieu contuvieron la respiración.
- Leed, repitió Bálamo con tono más imperioso aun.
- « Hermana mía, » dijo la voz trémula y vacilante.
- Es la respuesta, murmuraron á la vez el duque de Richelieu y la condesa.

« Hermana mía, repuso la voz, tranquilizate ; verdad es que ha habido crisis, y también lo es que ha sido dura, pero ha pasado ya. Aguardo el día de mañana con impaciencia, porque mañana cuento, á mi vez, tomar la ofensiva, y todo me hace creer en un triunfo decisivo. Gracias, por el parlamento de Ruán ; gracias por milor X... y también por el petardo.

» Mañana, después de mi despacho con el rey, añadiré una posdata á esta carta, y te la enviaré por el mismo correo. »

Bálamo, con la mano izquierda extendida, parecía arrancar penosamente cada palabra á la voz, mientras con la derecha escribía apresuradamente con lápiz estas mismas palabras que el señor de Choiseul escribía en su gabinete

- ¿Es todo? preguntó Bálamo.
- Todo.
- ¿Ahora qué hace el duque?
- Dobla el papel en que acaba de escribir; lo vuelve á doblar y lo mete en una carterita encarnada que él saca del bolsillo izquierdo de su casaca.
- ¿Oís? dijo Bálamo á la condesa estupefacta.
- ¿Y luego?
- Luego, despide al correo hablándole.
- ¿Qué le dice?
- No he oído más que el final de la frase.
- ¿Qué decía ese final?
- A la una, en la reja de Trianón. El correo saluda y se retira.
- Eso es, dijo Richelieu; da una cita al correo para la salida de su despacho con el rey, como dice en la carta.
- Bálamo hizo una seña con la mano para exigir el silencio.
- ¿Ahora qué hace el duque? preguntó.
- Se levanta. Tiene en la mano la carta que le han entregado. Va derecho á su cama, pasa por entre ésta y la pared, oprime un resorte que abre un cofrecito de hierro. Mete en el cofrecito la carta y vuelve á cerrarlo.
- ¡Oh! exclamaron á la vez el duque y la condesa muy pálidos. ¡Oh! esto es verdadera magia.
- ¿Sabéis todo lo que deseabais, señora? preguntó Bálamo.
- Señor conde, respondió madama Dubarry acercándose á él con terror, acabáis de hacerme un servicio por el que daría yo diez años de mi vida, ó que más bien no podré pagar jamás. Pedidme lo que queráis.
- ¡Oh! señora, sabéis que tenemos ya nuestras cuentas.
- Decid, decid lo que deseáis.

- Aun no ha llegado el tiempo de decirlo.
- ¡Y bien! cuando llegue, aun cuando fuese un millón.....
- Bálamo se sonrió.
- ¡Eh! condesa, exclamó el mariscal, más bien seríais vos quien podría pedir un millón al conde. El hombre que sabe lo que él, que ve lo que él ve, ¿no descubre el oro y los diamantes en las entrañas de la tierra, como descubre el pensamiento en el corazón de los hombres?
- Entonces, conde, me prosterno en mi impotencia, dijo la condesa.
- No, condesa. Llegará un día en que me paguéis; ya os presentaré yo la ocasión.
- Conde, dijo el duque á Bálamo, estoy subyugado, vencido, abrumado! Creo.
- Como ha creído Santo Tomás, ¿no es así, señor duque? eso no se llama creer, se llama ver.
- Llamadlo como queráis; pero confieso mi error, y cuando en lo sucesivo me hablen de brujos, ya sé lo que he de decir.
- Bálamo se sonrió.
- Ahora, señora, dijo á la condesa, ¿queréis permitirme una cosa?
- Decid.
- Mi espíritu está fatigado; dejadme devolverle la libertad por medio de una fórmula mágica.
- Como gustéis, caballero.
- Lorenza, dijo Bálamo en árabe, ¡muchas gracias! Yo te amo; ahora vuélvete á tu cuarto por el mismo camino por donde has venido, y aguárdame allí. Vuelve, adorada mía.
- Estoy muy fatigada, respondió en italiano la voz, más dulce aun que durante la evocación; despáchate tú, Acharat.

— Ya voy.

Y se oyeron alejarse los pasos con el mismo ligero ruido que al venir.

Luego Bálamo, al cabo de algunos minutos durante los cuales se convenció de la marcha de Lorenza, saludó profundamente, pero con majestuosa dignidad, á los dos visitantes, los cuales, azorados y absortos ambos en el torrente de los tumultuosos pensamientos que los agitaban, se volvieron al fiacre más bien como dos personas ebrias que como dos seres dotados de razón.

XI

Desgracia

Á la mañana siguiente, daban las once en el gran reloj de Versalles cuando el rey Luis XV, saliendo de su aposento, atravesó la galería inmediata á su cuarto y llamó en alta y seca voz:

— ¡ Señor de La Vrilliere !

El rey estaba pálido y parecía agitado, y cuanto más procuraba ocultar su inquietud, tanto más se descubría en el embarazo de su mirada y en la tensión de los músculos de su cara, ordinariamente impasible.

Al momento reinó un silencio glacial en las filas de los cortesanos, entre los cuales se hallaban el duque de Richelieu y el conde Juan Dubarry, tranquilos ambos y afectando indiferencia é ignorancia.

Acercóse el duque de La Vrilliere y tomó de manos del rey una carta-orden que le alargó S. M.

— ¿ Está en Versalles el duque de Choiseul ? preguntó el rey.

— Señor, está desde ayer; ha vuelto de París á las dos de la tarde.

— ¿ Está en su hotel ó en palacio ?

— Está en palacio, señor.

— Bien, dijo el rey, llevadle esta orden, duque.

Un prolongado estremecimiento recorrió las filas de los espectadores, quienes se inclinaron todos cuchicheando, cual las espigas bajo el soplo del huracán.